

ALDA MERINI

Delirio amoroso

Traducción de
Melina Márquez

Mi máxima aspiración es tener una ambulancia a mi disposición, como Salvador Dalí. La primera la tuve a los treinta y cuatro años, cuando, después de haber leído un horóscopo que me vaticinaba un alegre paseo, me vi sujeta por cuatro enfermeros que me metían dentro de una ambulancia de la Croce Verde.¹ Eran todos muy cariñosos y simpáticos. Me daban grandes palmadas en los hombros, yo estaba orgullosa: cuatro apuestos jóvenes me llenaban de atenciones y me tranquilizaban.

«Por fin», dije abriendo la ventana, «un poco de aire fresco».

«Claro, claro», dijo un enfermero, «el aire del sufrimiento».

1 La Croce Verde es una asociación italiana sin ánimo de lucro ni carácter religioso o político que presta ayuda humanitaria. (N. de la T.)

Me dejaron en la entrada del Paolo Pini, pero yo aún no acertaba a comprender. Las almas benditas no creen que en el mundo haya violencia. De esa forma, entraba en aquel lugar angustioso e infame que es el manicomio. ¡Dios, qué palabra horrenda! Buscaba perdida a los cuatro jóvenes, que se habían volatilizado, cuando de repente un demente me avasalló y me dio una bofetada diciéndome: «Esto solo para empezar», y se fue con aire arrogante.

Cuando cae el telón de un teatro inaudito, las marionetas están fuera, inertes. Nosotros buscamos en vano ruseñores de amor. Buscamos en vano las cuentas de oscuros rosarios. Nuestro padre ha sido analizado sin el psicoanálisis. ¡Acabad con las clínicas psiquiátricas que nos protegen de la locura! ¡Qué grande es el delirio!

Oh, mujeres crueles, mujeres que no habéis sentido nunca el dolor y no sabéis lo que significa. Mujeres que os reflejáis en los límites de vuestros hijos, mirad bien que no se refleje en ellos vuestro engaño. Vosotras que por trabajo entendéis solo el trabajo manual o el de la enseñanza. Hay un trabajo delicado que vosotras nunca habéis experimentado: es el severo crisol de Dios, que obra en mí y que a veces me hace sangrar.

Este crisol obró en mi mente y quizás eso supuso el mayor agotamiento, más allá de los tormentos físicos y mentales. O quizás fue este dolor, mucho más fuerte que los otros, lo que me salvó. Impregnada como estaba de un verdadero dolor bíblico, no pensaba en cubrirme las espaldas, y me había vuelto tan atrevida y desharrapada que parecía casi «invitante» a un razonamiento amoroso.

Soy ahora lo que era entonces: una mujer que supura amor y pena. Una mujer que supura sentimientos de vergüenza y de ternura: indicios llamativos de sufrimiento que hacen las delicias de la lujuria humana. ¡Y qué hay que no provoque la lujuria del hombre! Su sadismo madura justo ante los cuerpos destrozados. Porque no eran bellas ni estimulantes nuestras carnes, llenas de ira y de padecimiento, pero habían servido para procrear. Perdóname, por tanto, la comparación radical. ¿Hay algo más amoral que un manicomio? La vergüenza de la desnudez ofrecida en sacrificio ha sido también la vergüenza de Dios. Fue quizás en ese punto, Señor, que tú y yo lloramos.

Mi madre me miraba y decía: «Tienes las caderas firmes. Serás una buena tierra».

Una buena tierra, sí. Una buena tierra para fecundar. Pero también tenía un buen espíritu y

quizás de esto mi madre no se dio cuenta. Yo era delicada, esquiva, y aquel cuerpo, mío y lozano, me molestaba. Me aislaba y me preguntaba si mi poesía era igual a mi cuerpo y mi cuerpo igual a mi poesía. Quería ser diáfana, dulce y descolorida. Quizá fue ahí donde comenzó el engaño.

Soy un ser frustrado por la demencia. La demencia surgió así, un día, cuando mi madre, al nacer mi hermano, me dijo: «Ya no puedes estudiar más: ha nacido el varón».

El varón en aquellos tiempos era sagrado. El varón tenía que absorber todos los recursos morales y físicos de la familia y del ambiente. Yo estudiaba: primer año de medicina. Quería una carrera. La carrera para mí hubiera significado un escritorio, un trabajo respetado, una sonrisa cautivadora para el cliente. Quería ser médico. Cuando él me dijo que de un dolor nace trágicamente un sonido, tenía razón. Nació en mí una obsesión. Y la obsesión se volvió poesía. Bella, endecasílabo, porque me prohibieron tocar música. Es increíble la atonía mental que produce esa carencia. Además del bisturí negado, de la medicina negada, también me negaron mi adorado piano.

De esta manera, me entregué a la suerte. Cuando iba a trabajar a la Via Verdi, pasaba delante de la sede

de Garzanti. Yo, adolescente, pensaba suspirando: «¡Un libro mío, expuesto allí, quién sabe cuándo!». Tuve que esperar treinta y cinco años, y digo treinta y cinco. Entonces iba a refugiarme a Via del Torchio. Quizás me he convertido en poetisa porque la poesía no me importaba en absoluto; aunque he devorado libro tras libro, aunque el canto lo tenía dentro (pero era el canto de la vida, y esto no lo han entendido). Ser mujer de letras no significaba para mí no ser mujer, y habría querido ser también una buena madre.

En Via del Torchio participé en mi primera sociedad poética. Con sociedad quiero decir que en el sofá me sentaba codo con codo con los grandes de la poesía, con la clase de la renovación literaria. Yo era demasiado pequeña para entender qué hacían aquellos grandes hombres.

Erba, siempre alegre y dispersivo. Pasolini, taciturno pero lleno de resistencia física. Turolfo, con voz atronadora y bella, que parecía la reencarnación de la *Scapigliatura*² redimida.

Éramos pobres, pero estábamos llenos de paciencia y teníamos una gran capacidad de absorción.

2 La *Scapigliatura* fue un movimiento artístico de la segunda mitad del siglo XIX que se dio sobre todo en el norte de Italia y que tuvo muchos detractores por su búsqueda de un nuevo concepto de arte alejado del clasicismo imperante. (*N. de la T.*)